

por dar lugar a pálidas imitaciones, mientras ellos sacaron de su obra un instrumento poderoso de rebeldía contra la sociedad conservadora y provinciana. Al deformarlo, lo "americanizaron".

Un ejemplo: en las traducciones, esos poetas trataron con cierta tibieza las tendencias sádicas de *Les fleurs du mal*; pero las desarrollaron en sus poemas en un sentido original, que fue la comparación del deseo con la agresión de los animales enfurecidos, y el acto sexual con la devoración, lo que fue facilitado por un rasgo ambiguo de nuestra lengua, que no sé si hay en otras: en portugués, el verbo "comer", además del sentido propio, significa, metafóricamente, la posesión carnal. Y así, con estas otras cosas, efectuaron al desmascaramiento de la ideología romántica y burguesa de la mujer intangible y vaporosa —todo con una violencia increíble para el tiempo. Y así tenemos un ejemplo de los aspectos contrastivos en la relación de nuestras literaturas con las matrices europeas. La conclusión es que se puede ganar en las oposiciones, divergencias, heterodoxias y deformaciones.<sup>3</sup>

### 3 Recomendación bibliográfica.

Antonio Cándido, "Literature and the Rise of Brazilian Self-Identity", *Luzo-Brazilian Review*, V. 1, Wisconsin, 1968;  
Antonio Cándido, "Os primeiros baudelairianos do Brasil", *Studia Iberica Festschrift für Hans Flasche*, Berna, Francke Verlag, 1973.  
Flora Susskind e Rachel Teixeira Valenço, *O Sapateiro Silva*, Rio, Casa de Rui Barbosa, 1983.

## 4. Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración \*

Angel Rama

Mi presentación está muy estrictamente referida a los problemas a que nos abocamos, que son los problemas de hacer algo tan nuevo en los estudios literarios hispanoamericanos o latinoamericanos en general, como es nada menos que una historia de literaturas comparadas. Lo primero que uno piensa ante el proyecto es que es inviable, que es imposible. No existen en América equipos intelectuales suficientemente desarrollados en los estudios comparativos. Sobre todo porque en América enfrentamos un problema muy complejo —al cual si podemos dar aunque sea una solución provisoria creo que hemos realizado una hazaña intelectual— que consiste en poner en paralelo las literaturas de lengua española y las de lengua portuguesa. Solamente hacer eso en América Latina es una aventura intelectual que quizás sin demasia yo llamaría revolucionaria. Es un proceso, una aspiración, un movimiento de integración como nunca se ha visto. Todos los ejemplos que tenemos son ejemplos del famoso agregado de cualquier estudio sobre una de las secciones. Evidentemente el discurso crítico sobre Hispanoamérica ha avanzado a lo largo de los últimos ochenta años suficientemente como para dar una imagen engañosa, que es que en el discurso están correlacionados movimientos literarios que en sí muchas veces no tuvieron ninguna comunicación. No hay nada más falso que esa idea de la unidad. José Luis Martínez ha escrito un precioso libro que se llama *Unidad y diversidad* porque efectivamente esas dos fuerzas, esos dos polos, actúan permanentemente en nuestras cultura. Siempre recuerdo aquel texto de la *Carta de Jamaica* de Bolívar en que se pregunta, nada menos que en el proceso revolucionario, qué es lo que está pasando en el resto de América. Porque en verdad prácticamente no tiene información de qué es lo que pasa en el Río de la Plata, y alguna información,

\* Este texto corresponde a la comunicación oral que nos hizo Angel Rama en la Reunión de Campinas el 5 de octubre de 1983. El título, como la revisión del texto escrito de la conferencia, que Angel Rama no pudo hacer, son nuestros (A.P.)

pero vaga e incompleta, de lo que está pasando en México. Esta fue la situación normal del continente. El acercamiento y la intercomunicación de las áreas hispanoamericanas se ha ido haciendo despaciosamente y con enorme dificultad. No lo hay durante la Colonia, comienza a producirse durante el siglo XIX. Ignacio Manuel Altamirano es capaz de hacer una edición de la *María* de Jorge Isaacs en México, y esto es una hazaña de Altamirano y de su preocupación, incluso su admiración, que ahora vemos un poco indiscriminada por la literatura revolucionaria que se había hecho al sur del continente, de la cual no se tenía información en México. Y a la inversa, en el sur del continente no se conocía nada de lo que se producía en dos zonas como lo que puede ser la zona andina central en Bogotá y la zona mexicana. Incluso hay todo un proceso de acercamiento que van a dar los viajes, y los viajes son realmente algunos momentos insólitos. El viaje de José Vasconcelos en 1922 por todo el continente es un acontecimiento triunfal en el cual redescubre la Argentina, la integra al proceso revolucionario. Voy a proponer incluso que se tengan en cuenta la fuerza y la importancia que en la religación del continente han tenido las revoluciones. Yo creo que lo que ocurrió en la Revolución Mexicana es que es el momento en el cual México asume que es Hispanoamérica, que pertenece al continente, y que por lo tanto debe solidarizarse. Ahí está el famoso discurso contra Juan Vicente Gómez de los estudiantes que capitanea Vasconcelos en la recepción de exiliados. Yo creo que también va a haber que proponer un capítulo sobre eso: la recepción de Vasconcelos a los exiliados —que hace que Gabriela Mistral viva en México— y por lo tanto se establece una relación que era impensable antes. Cito ese caso como podría citar el de la Revolución Cubana que efectivamente estableció una circulación de escritores, también impensable antes que incluso sirvió a la vinculación de los escritores brasileños con los escritores hispanoamericanos. Estos hechos agitaron, conmovieron el imaginario de los intelectuales y efectivamente entonces se produjeron vinculaciones y relaciones.

Quiero decir que el proceso de integración es inmensamente difícil; es exactamente un proceso evolutivo, se va dando progresivamente. Yo creo que a pesar de que en el Brasil hay una enorme comodidad y el apoyo de ser una nación, también ha habido un proceso de integración de regiones. De otro modo no se explicarían en algunos momentos prototestas famosas como la de Gilberto Freyre y todo el equipo nordestino en el sentido de que están desatendidos. Es la idea aquella de que hay un patrón que viene desde la capital —o peor aún, desde São Paulo— y que comienza a imponerse sobre todo el territorio sin respetar las condiciones y las características propias. He visto en la bibliografía últimamente una serie de aportaciones muy interesantes sobre estas oposiciones de modernismo y regionalismo que se dieron dentro del conjunto. Desde luego, Brasil tuvo la inmensa facilidad de ser una nación y no una pluralidad de naciones. Hay falsas perspectivas que se han creado a consecuencia de éstos: se ve como un bloque el Brasil y se ve como un bloque Hispanoamérica. Creo que la realidad es más compleja, la reali-

dad es de más plurales centros, de áreas diferenciales, algunas asociadas entre sí. La relación de la literatura gaucha, de la literatura rioplatense, es demasiado evidente y conocida como para no mostrar que hay posibilidad de vinculaciones. Incluso la vida política de mi país ha estado demasiado estrechamente asociada a la vida política brasileña como para que eso no haya sido muy importante.

Desde luego, dada esta situación, el primer problema que a mí se me presentó cuando traté de hacer una pequeña investigación —que comencé por reconocer que no soy un comparatista sino que me dedico a algunos aspectos de la literatura de América— fue como se realiza una historia comparada. O mejor dicho: qué tan comparada debe ser una historia comparada de la literatura latinoamericana. Hay una frase muy buena de un maestro nuestro, el filósofo Carlos Vaz Ferreira, que decía que prevenía contra la posibilidad de que lo perfecto, lo muy bueno, obstará la realización de lo meramente bueno. Y yo creo que humildemente tendríamos que proponernos hacer lo mejor que podemos. La conciencia de que esto no se hizo y de que seguramente después se hará mejor no debe impedir que debamos hacer lo mejor que podamos nosotros, realizar cierta tarea. Ahora bien, después de escuchar lo que hicieron los compañeros comparatistas con la serie de libros que están haciendo, de los cuales ya se han publicado varios, y de ver que tratan de estudiar un problema que a mí me parecía infinitamente más difícil de lo que sería el de América Latina como la *Comparative History of Literature* en Sub-Sahara, África, luego a la conclusión de que no estamos ante un problema insuperable. Llego a esta convicción que me parece fundamental: que la comparación se desprenderá del volumen, del libro que hagamos, pero no de cada uno de los estudios en particular. Que cada uno de los estudios en particular examinará problemas muy concretos en el Brasil, en Hispanoamérica, en las Antillas. La visión comparativa hará el lector, la reconstruirá el lector viendo la totalidad. De este volumen y observando las experiencias literarias que se nos analizan de una zona a otra zona: de México, del Río de la Plata, de la zona paulista. Es decir, es el volumen lo que hace la función de comparación y los estudios serán estudios concretos. Esta es además la experiencia que se desprende de lo que han hecho quienes sí son comparatistas y han trabajado intensamente en este tipo de comparación. Para tomar un ejemplo, el libro sobre el movimiento simbolista —un tema que nosotros todos conocemos— en las literaturas europeas, un volumen que organizó Anna Balakian<sup>1</sup>, cuyo conocimiento es de sobra sabido sobre este tema. Ella organiza en diversas partes el libro: la primera es la delimitación del simbolismo como un movimiento literario: qué es el simbolismo, etc. En la segunda examina en cuatro ensayos el cenáculo francés y sus características. La parte tercera es la emergencia de un movimiento simbolista internacional, donde se examinan diversas zonas en donde comienza a funcionar el simbolismo, dividiéndolo entre

<sup>1</sup> Anna Balakian, *The Symbolist Movement*, Nueva York, Random House, 1967. [Trad. cast.: *El movimiento simbolista*, Madrid, Guadarrama, 1969].

los intermediarios o catalizadores y los que son difusores del simbolismo. Así por ejemplo tenemos un capítulo sobre las reacciones contra el simbolismo en España. Y en la difusión tenemos un capítulo sobre simbolismo y modernismo de Ricardo Guillón, hablando del modernismo hispanoamericano, que como todos ustedes saben es diferente. Y otro sobre el modo simbolista en la novela modernista hispanoamericana. Son ensayos separados que examinan estos dos problemas. En la cuarta parte, sobre la conservación y la metamorfosis de la fuerza simbolista, de la marca simbolista, tenemos un ensayo sobre Juan Ramón Jiménez y la herencia del simbolismo en la poesía española y otro sobre Jorge Guillón y la huella simbolista en la generación del veinte. Como pasa siempre —ustedes saben— la lengua portuguesa llega a la cola, pero sin embargo en la sección de perspectivas nacionales tenemos "El simbolismo en la literatura portuguesa", que hace Jacinto Prado Coelho. Aun así cabe sitio para que en la octava parte de este volumen, que se llama —el nombre puede permitir cualquier cosa— "Simbolismo en otros contextos", encontremos un ensayo sobre Darío y Rodó como dos versiones del sueño simbolista en las letras hispanoamericanas de Emir Rodríguez Monegal. Es decir que ven ustedes cómo la representación de los distintos movimientos se hace por estudios que tratan simplemente de examinar casos concretos que colocan dentro de un marco. Ese problema remite para mí a la dificultad mayor del proyecto: el desarrollo de esos marcos, es decir, a la estructura general que tendrían que tener los volúmenes.

Me parece que la tarea fundamental es construir un discurso en el que se puedan aproximar las literaturas hispanoamericanas y las brasileñas, con la obligación de incluir en el tomo tercero de los tres proyectados sendos capítulos sobre la literatura de lengua francesa en las Antillas —Haití, Martinica, Guadalupe y la sección francesa de las Guyanas—, otro sobre la literatura de lengua inglesa, y si fuera posible uno sobre la literatura neerlandesa. Aunque no comienzan estrictamente en el siglo XX —hay algunos precedentes— la verdad es que su desarrollo se produce en el siglo XX. Por lo tanto no tiene ningún sentido su presencia hasta ese último tomo en el cual sí hay que dedicar sendos capítulos a cada una de esas literaturas. Desde luego si tuviéramos —y aquí vienen los problemas prácticos del trabajo que a veces son más importantes que los teóricos— especialistas ya brasileños, ya hispanoamericanos sobre estas literaturas sería mejor apelar a ellos, porque en su visión va a pesar su conocimiento de las literaturas a las cuales ellos pertenecen. Nosotros empezamos a tener gente que trabaja este tema, que no teníamos antes: Roberto Márquez, por ejemplo, ha empezado a estudiar la literatura de las Antillas inglesas, tratando fundamentalmente de observar no tanto Jamaica como Trinidad Tobago y la Guyana inglesa a los efectos de ver ese movimiento. Este movimiento, claro, se ha hecho famoso por la obra de Vidiáhr Surasprasad Naipaul. Naipaul, de cierto modo impuso la presencia sorprendente de Trinidad como un productor de literatura a nivel internacional. Es

un poco lo que también motiva este libro. Yo creo que sin el García Márquez que se lee en todo el mundo, los ojos del mundo no se hubieran vuelto sobre esta zona a la cual pertenecemos. Ahora, creo que si no es posible tener este tipo de estudiosos, como el caso también de Ileana Rodríguez, la nicaragüense que también ha trabajado sobre literaturas francesas, hay que apelar directamente al especialista de la zona, al especialista regional que explique cuál es el proceso de estas literaturas. Creo que ellos al hacer su trabajo podrán recordar los antecedentes de estas literaturas. En un ensayo yo, Albert Gérard, quien hizo el tomo africano de esta colección, recuerda una cosa insólita: que hasta el libro de Liliyan Kesteloot sobre las literaturas africanas de lengua francesa —que fue del año 1963— no existía un examen panorámico nada menos que de la traducción, tanto africana como antillana. El problema grave es que allí la vinculación no se hace con continente americano sino con continente africano y de los grandes poetas y los grandes escritores que ha dado algunos tienen muy escasa relación con éste. Es el caso famoso de Franz Fanon, quien está mucho más directamente vinculado a la experiencia africana —y sobre ella escribió toda su obra— que a la de su Martinica natal. Pero la existencia de los haitianos, Jean Price Mars y de Jacques Stéphan Alexis o de Jacques Roumain, o del martiniqués Aimé Césaire es suficiente como para construir una literatura extraordinariamente rica y poderosa que mantuvo su polo de religación fuera del continente. Es decir, su polo de religación es París, y a través de París efectivamente hacen su vinculación con el África francófona.

La situación de América Latina misma no es diferente. Nosotros tenemos polos de religación externos muy importantes. París es un polo de religación externo, como es New York, como fue Londres. Es decir, hay momentos históricos en que toda la vinculación de los sectores literarios se hizo externamente a través de estos equipos. Creo que incluso podría ser conveniente pensar en capítulos sobre lo que yo llamaría puntos de religación externos e internos, concretamente. Además es muy fascinante como situación, si uno piensa quiénes estaban en París<sup>2</sup> al mismo tiempo, por ejemplo, en todo el proceso del surrealismo francés estaban al mismo tiempo los hispanoamericanos —César Vallejo, Miguel Ángel Asturias, Arturo Uslar Pietri—, estaban los brasileños como Oswald de Andrade, estaban los norteamericanos —la "lost generation" en pleno—. Ninguno se conocía entre sí, pero de cualquier modo hicieron una experiencia común, hicieron un aprendizaje literario, hicieron un debate artístico que tuvo sus repercusiones en cualquiera de los puntos del continente. Es el caso de Nueva York, por ejemplo, en el fin del siglo XIX, cuando Rubén Darío conoce a José

<sup>2</sup>Liliyan Kesteloot, *Les Ecrivains noirs de langue française; naissance d'une littérature*, 4ª ed., Bruselas, 1977.

Martí en 1893, donde están los puertorriqueños, los venezolanos —está César Zumeta en ese momento—, es decir parte del área se reúne en Nueva York. Nueva York es además el lugar para el exilio inmediato, se conocen allí: los diálogos más fascinantes entre un José María Vargas Viala colombiano, un Rufino Blanco Fombona venezolano y los antillanos y puertorriqueños. Las revistas que aparecen —el caso de *Nemesis*— agrupan lo que se llamaría la emigración. Así es que creo que quizás valga la pena señalar o prever estos puntos de religación para mostrar el funcionamiento de lo que podríamos llamar el sistema literario. También vale la pena señalar los puntos de encuentro internos. Citaba recién el caso de José Vasconcelos en México. Como Vasconcelos atrae a México desde Gabriela Mistral a Raúl Haya de la Torre, tenemos un conjunto de escritores que viven en México y vinculan a los procesos creativos en un momento de ebullición tan fuerte. Es el caso de Pedro Henríquez Ureña. La obra de Henríquez Ureña es magistral en ese sentido, porque él religa todo, las Antillas, Estados Unidos, México —y es un factor fundamental— y Buenos Aires. Es uno de los casos asombrosos de efectivas religaciones internas. El hace el esfuerzo de colocar a Brasil dentro del discurso. Yo diría que estos casos asombrosos y muy importantes —y que también los hay subterráneamente— no han llegado a ser puestos en plenitud. Los que hacen la religación interna comienzan sobre todo desde fin de siglo en adelante. Hay un personaje brasileño por el cual yo tengo mucho afecto que es el que llamaba Gilberto Freyre "*O Quixote gordo*", que es Manuel de Oliveira Lima. Oliveira Lima también realizó una de las tareas de integración más asombrosas. Hace el examen de la literatura argentina, aunque es lástima que lo haga en un momento de pobreza de la literatura argentina y sin conocimiento de lo que está sucediendo, pero tiene un libro entero para responder al libro de Ernesto Quesada y al libro de Manuel de Oliveira Lima Bernárdex, los dos libros de argentino y uruguayo que se hacen sobre el Brasil. Oliveira Lima es también por azar el que conoce la literatura venezolana mejor a comienzos de siglo y el que sabe admirar y estimar en el momento el movimiento de los llamados modernistas venezolanos. Es otro de los personajes que establecen religaciones dentro del continente. Por eso se me ocurre que es posible algunos capítulos sobre viajes y exilios, es decir sobre los movimientos de acercamiento y de trato directo y personal que se hicieron. A veces son consecuencia nada más que de acontecimiento: la Conferencia Panamericana de Río (1906), que hace que Rubén Darío esté en Río de Janeiro y que tenga contacto con algunos escritores. Pero creo que examinar estas relaciones, que no han sido suficientemente trabajadas, suficientemente elaboradas, es parte del proyecto. Me parece que son pequeños capitulillos, no creo que sea una cosa mayor. Yo confieso que mi conocimiento de la literatura haitiana comenzó cuando conocí a René Depestre en La Habana y gracias a él se me abrió el campo haitiano y logré avanzar en ese sentido. Y para René Depestre todo su conocimiento de Hispanoamérica se hizo gracias a su permanencia en La Habana. Así que allí hay una especie de campo para examinar.

Por lo tanto el problema central es el de hacer el paralelo de las literaturas independientemente consideradas, atendiendo a su evolución propia y específica, y coordinándolas en las secciones de los libros proyectados según sus afiliaciones a corrientes europeas. Es decir, el marco es un marco histórico y de movimientos, tendencias, escuelas, pero este marco debe dejar dentro de él los distintos momentos de las distintas literaturas. Después voy a explicar con mayor detalle esto.

Los tres grandes períodos son evidentes y la existencia de volúmenes ha ayudado a poder subrayarlos. Es obvio que hay uno que empieza con la incorporación de España y Portugal a América —conquista y colonización—, hasta la emancipación. Que hay otro que es el ya más difícil de determinar y que yo haría llegar hasta comenzado el siglo XX. Y el tercero que es el período actual. En el fondo, el problema me parece a mí que es el mismo siempre: el de la descolonización y la respuesta creativa que se va dando en las culturas americanas y en las literaturas en particular. Es la construcción de la personalidad latinoamericana. Aquí se me presenta un pequeño problema, que simplemente anoto. Es que creo que hay que combinar dos cosas: por un lado esta tendencia nuestra a utilizar nuestro punto de vista actual, nuestra existencia en este momento para ver desde este punto —y no tenemos otro— todo el movimiento anterior que llega hasta nosotros. Es decir, por lo tanto, ver lo que yo llamaría un proceso, una constante evolución creativa. Por otro, reconocer las rupturas que se producen en el proceso y los cambios que ellas promueven. Con esto quiero decir lo siguiente: que la tendencia a verlo evolutivamente ha sido contrastada en toda la metodología actual por la tendencia a ver la ruptura, a ver cuando se produce la escisión. No sé si es posible hacer una combinación de ambos movimientos. Estoy muy de acuerdo con no cerrar el primer período en la Independencia, sino antes, de tal manera de dejar en el segundo volumen el iluminismo y las corrientes anexas. Creo que es una buena elección, no utilizar el esquema histórico sino el esquema de la literatura. Sin duda un hecho histórico muy marcado es la Revolución de 1810, es clarísimo desde el punto de vista histórico. Pero desde el punto de vista literario creo que está encabalgado antes y después por lo que llamamos el neoclásico en general y por una serie de movimientos literarios que preceden a la revolución. Por lo tanto, atender a la literatura, a la modulación literaria es como una higiénica forma de no caer en ciertos esquemas que pertenecen a otras disciplinas y no a la disciplina literaria propiamente dicha. Antonio Cándido es el primero que lo señaló justamente en su famoso libro y un excelente estudioso de lo colonial chileno, Mario Góngora coincidía exactamente en que la ruptura cultural se produce a fines del siglo XVIII, y aunque nuestro iluminismo es muy flojo, muy pobre en líneas generales, marca muy nitidamente un aparte de aguas en la liquidad del rococó o del Barroco y la aparición de una nueva estética.

Ahora, el llamado Tomo II corresponde a otro gran movimiento que incluye en mi visión tres grandes instancias: la del iluminismo, la del Romanticismo y la de la renovación realista positiva con el simbolismo

Incluido. Son tres grandes instancias de un proceso, y me parece que el corte, la ruptura —y esto es una diferencia grande con los europeos—, no están a fines del siglo XIX. El corte y la ruptura están ya directamente en el siglo XX. Y es un problema complicado porque cualquier libro europeo sobre el modernismo comienza claramente a la altura de Tristan Corbière, a la altura de los herederos de Rimbaud, en el momento en que el simbolismo rompe y destruye los sistemas métricos, por ejemplo. Comienza estrictamente en "Un coup de dés" de Mallarmé, en ese instante se produce la ruptura. La ruptura nuestra es bastante posterior; la fuerza del parnasianismo sigue siendo dominante a comienzos de siglo en las dos partes, en Brasil y en Hispanoamérica. E incluso todavía mantenemos formas simbolistas muy tradicionales. La ruptura me parece que comienza a darse desde el diez en adelante, tanto por una fuerza ideológica que es el nacionalismo, que comienza a abastecer el pensamiento del continente, como por la aparición de lo que llamamos en general la vanguardia, lo que en Brasil se llama el modernismo. En ese momento sí se produce la ruptura: con las formas literarias que se producen entre 1910 y 1920. Creo que efectivamente ahí comenzamos con otra instancia.

Confieso que hay otro problema que no me gusta demasiado y es que tendemos a hablar siempre de la *Colonia* y la *Independencia*. Es correcto, claro está: es un proceso colonial y hay un período colonial. Lo que ocurre es que me parece que el término "colonial" tiene una connotación muy estricta histórica, sociológica e incluso ideológica. Ya ha pasado un poco que nosotros hemos heredado el pensamiento de los recusadores revolucionarios de la Independencia, concretamente Domingo F. Sarmiento, que hace una división en blanco y negro. Lo normal en un revolucionario, es decir: antes es la oscuridad, la Colonia y ahora el Sol de Mayo, y estamos todos iluminados. Ya desde Lucas Alamán se puso en duda que realmente se empezara en cero, que lo que se hacía era retomar una cantidad de cosas fundamentales que habían pasado en la Colonia. Recuperar positivamente la Colonia llevó muchos años. Lo hizo curiosamente primero el pensamiento conservador y reaccionario, y después —eso pasa muchas veces en América— el pensamiento liberal y progresista. A la altura de Capistrano de Abreu ya efectivamente se ha podido reconocer sin temor lo enormemente rico y lo enormemente creativo de un período en el cual realmente somos hechos, somos elaborados. De cierto modo pienso a veces que es el famoso debate de la Edad Media que a Voltaire le podía parecer oscurantismo, pero que a nivel de Huizinga es un período espléndido, de extraordinarias creaciones. Yo personalmente diría que es un proceso de formación, un proceso formativo. Ahí está nuestra cuna. Cuando aparece José Joaquín Fernández de Lizardi en 1816 es asombroso lo que ha pasado con la lengua mexicana, con todo ese oscuro período con las culturas que ya son de algún modo los núcleos sobre los cuales se van a asentar las nacionalidades. Esos núcleos han sido hechos, han sido constituidos. Entonces me parece que es realmente este primer gran momento un proceso de formación en que hemos sido hechos. El segun-

do, que entiendo que va del Iluminismo hasta incluir todo lo que llamamos modernismo de un lado y de otro simbolismo, etc., es lo que yo llamo el de la Emancipación. El progreso del espíritu de emancipación se va dando en su primer tiempo bajo la muy directa adaptación de las corrientes europeas. Lo que es normal: es un proceso de aprendizaje, pero es también de emancipación, insertándose en el esquema general. Para mí eso es ir dando pasos en la emancipación. A veces nuestro Romanticismo nos parece increíblemente mimético, increíblemente literario. Bueno, pero son momentos o caminos para empezar a ver nuestra realidad circundante. El realismo avanza enormemente en esta capacidad de captación: es lo sorprendente de Joaquim Machado de Assis. Entonces creo que sí, que es un proceso de emancipación y que a partir de una fecha indecisa —que pueden ser las vanguardias, que pueden ser las pre-vanguardias, aquí hay, claro, todo un proceso de pasaje— estamos en nuestra independencia Literaria. Ahí sí estamos realmente estableciendo valores originales, diferentes dentro del marco europeo y totalmente peculiares. No es rareza, no es casualidad que empiecen a ser absorbidos, a ser incorporados por las literaturas europeas, que empiecen a ser parte del legado internacional. Ya estamos ahí en nuestra independencia, que desde luego es también nuestra inserción en la internacionalización, en un campo absolutamente grande.

Si esto parece muy evolutivo yo creo que también tenemos que reconocer la existencia de las permanencias, de los elementos que evolucionan menos rápidamente. Lo que creo es esto: que en el nivel de lo que llamamos literatura culta, la evolución es muy marcada y los procesos son muy marcados. Son también marcados en otros estratos pero en un ritmo diferente, en un movimiento diferente. Puede ocurrirnos que si bien en la línea superior de la literatura cada como está representando cosas nuevas, en la otra línea deberían estar representadas las mismas cosas en distintos momentos. Por ejemplo, las literaturas indígenas están permanentemente. Yo querría que en cada como apareciera un capítulo sobre las literaturas indígenas, y no es repetición porque lo que se reconstruye son momentos diferenciales. En ese sentido lo que a mí me parece que es como rutinario es que empecemos como siempre por las literaturas precolombinas, como si fuera posible hacer eso. Si fuese honrado yo diría que el primer capítulo es un capítulo sobre un género maravilloso que emerge en ese momento, que son las cartas. El primer capítulo serían las cartas, en donde se cuenta la otredad del mundo. En esta cosa bonita del libro de Todorov<sup>3</sup>, ahora. Las cartas de Pedro de Valdivia, de Cristóbal Colón, de Hernán Cortés, es decir las cartas en las cuales se da la primera imagen contrastiva de Europa y América. Creo que el segundo es la recuperación de lo indígena, de esas fuentes que están por debajo y que hacen toda la riqueza de una literatura que comienza a investigar qué otro mundo es ese, qué significa. Pero yo decía que lo indígena debe aparecer permanentemente.

<sup>3</sup> Tzvetan Todorov, *La conquista de América*, París, Editions Du Seuil, 1982.

te porque si en el tomo primero el capítulo es una visión de las literaturas indígenas anteriores, en el segundo es ya la reconstrucción de esas literaturas, el funcionamiento de esas literaturas, el problema del folklore y el problema de la convivencia. En el tercero se encuentra el relato y darle vida, es decir el volver a utilizarlas, un esfuerzo absolutamente prodigioso si se piensa en la total superedición. Recobrar una lengua que existe pero que empieza producir literaturas no folklóricas, sino literaturas creativas, es un esfuerzo más. Sus productos pueden ser mayor o menormente interesantes, pero el esfuerzo cultural que eso implica es extraordinario. Creo que se merece perfectamente la atención, así sea en un volumen sobre literaturas europeas, porque ésta es la verdad: eso existe dentro de América.

El otro problema que también es recurrente y que debería estar a lo largo de los tres volúmenes es la lengua, el problema de la evolución de la lengua portuguesa y la lengua española en América. Porque es una historia fundamental, es una lengua que va tomando caracteres muy propios, muy característicos. Pienso por ejemplo que sería bastante complicado verlo en el primer volumen, pero en el segundo es obligada toda la discusión romántica sobre la lengua: José de Alencar, los románticos argentinos. Todo el debate sobre las lenguas nacionales: si existen o no lenguas nacionales. El hecho absolutamente asombroso de la creación de las academias de la lengua, que recién empieza en 1870. Comenzamos a tener academias de la lengua, con esa particularidad tan graciosa que las hispanoamericanas son todas correspondientes de la Real Academia Española. Todas, salvo la brasileña. Es muy lindo lo que dice Manuel de Oliveira Lima, que presencia el funcionamiento de la Academia venezolana de la lengua y a él le gusta mucho eso de que sean —corresponde a él— religadas a las metrópolis españolas. En cambio la brasileña, dice, se creó para apoyar la lengua brasileña. Es apoyo efectivamente para un esfuerzo de desarrollo más pleno y más intenso de una lengua en actitud creativa literaria. Es muy original la situación. A fin de siglo patentiza la idea de que hay una lengua argentina, y efectivamente, el propio Martí, cuando leía un libro argentino quedaba consternado porque no eran los patrones lingüísticos a que él, formado en España y correspondiente a otra zona, estaba acostumbrado. La desventaja, incluso la conciencia inventiva de la lengua argentina, podía chocar a todo el continente. También es indispensable ver lo que pasa con la incorporación ya de las lenguas populares directamente a la literatura en el siglo actual; el ingreso del habla de toda la zona: el checheo y el voseo argentino que ya son moneda corriente en la literatura de Julio Cortázar, y en donde el personaje así sea norteamericano, alemán o escandinavo, vosea y chechea igual que los argentinos. Es decir es una imposición ya total, una aceptación de la lengua. El problema de la lengua entonces es otra de las permanencias que debería en cada tomo estar reconocido en alguna de sus instancias, en algunos de sus momentos. Incluso quizá en la colonia, donde aparece el problema de cómo se constituyen los circuitos lingüísticos de Hispanoamérica. No conozco el caso brasileño, pero el caso brasileño es la fa-

mosa réplica de Rui Barbosa. Mayor preocupación para reconstruir la tradición lingüística aquí no se puede dar, es absolutamente asombroso. Rui Barbosa es estrictamente la mentalidad del jurista y la precisión semántica, pero apoyado en la práctica. Es muy curioso porque exactamente en la misma fecha —yo creo que la réplica es de 1902—, en 1900 se establece este tema, y los grandes lingüistas — Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña — tienen como gran problema el debatir las lenguas nacionales. El libro de Amado Alonso es sobre eso. Y al mismo tiempo la recomposición por religación de una cierta lengua hispanoamericana, como sospecho que hay una cierta lengua brasileña que comienza a ser dominante en todo el territorio.

Esas, me parece, deberían ser las permanencias. Puede haber otras, estoy señalando dos que me parecen capitales, porque se refieren directamente a la lengua, tienen el apoyo sobre nuestro instrumento, que deben aparecer en todos sus momentos porque hay evoluciones marcadas.

Sobre el problema más general de cómo organizar, cómo hacer los capítulos, yo diría que las tendencias responden a distintos períodos. En la colonia, curiosamente, la mayor fuerza la tienen los géneros, aunque los géneros también sufren transformaciones. Pero, por ejemplo, si hablamos de la épica culta, tenemos un enorme movimiento de poesía épica culta en la Colonia. Tenemos riquísimos sistemas especiales como el teatro de evangelización —el teatro aplicado a una circunstancia concreta americana y a un problema americano como es aterrar a los indios— que se desarrolla en toda América. O los géneros inexistentes: el famoso problema de la novela. Los géneros específicos nuestros como las crónicas, que es un género entero. Es decir, yo creo que el dominante género es muy marcado dentro de la literatura de este período formativo. Se ha descubierto ahora un texto absolutamente prodigioso en Colombia. *El desierto prodigioso* o *Prodigio del Desierto* —se llama así—, del siglo XVIII, especie de teatro, poesía, narrativa. Es como una composición enorme de elementos dentro del Barroco colombiano más exquisito, más elaborado que ha dado Hispanoamérica. Es decir, que también es posible detectar géneros más complicados y organizados dentro del sincretismo tan típico del funcionamiento americano. En general, la Colonia está muy marcada para nosotros por la fuerza del género. Habría que explicar eso desde luego. En cambio, las escuelas son muy notorias en el XIX y los movimientos y las corrientes en el siglo XX, para recordar a nuestro común maestro Pedro Henríquez Ureña.

Al mismo tiempo, siempre dentro de mi modo de percibir las cosas, distingo estratos. No solamente los tradicionales —cultos y populares—, sino estratos intermedios que se producen en las literaturas que producen la superposición en los mismos períodos de distintos movimientos literarios: lo que llamamos regionalismo es contemporáneo al vanguardismo o modernismo.

Una de las formas de trabajo es atender a los tópicos relevantes. De pronto dentro de una colaboración común hay una zona que es óptima o está especialmente desarrollada esa tarea. Así, por ejemplo, yo pensa-

ría como perfectamente posible un capítulo que se llame "La novela de la Revolución Mexicana", aunque la palabra novela sea lo que le corresponde menos a eso. Pero junto a él creo que es obligado un capítulo sobre la literatura regionalista en el Brasil y otro sobre literaturas regionalistas en Hispanoamérica. El tópico central me parece que es el proceso que se realiza durante la Revolución Mexicana, de enorme productividad, un enorme conjunto de materiales signados con características muy propias. *Los de abajo* de Mariano Azuela realmente parece inventar una nueva forma. Pero creer que al mismo tiempo hay que ver qué pasa en el gran movimiento regionalista en las dos grandes áreas. En homenaje a los brasileños, diría que es obligado dar la crítica literaria en el ángulo brasileño, porque es una de las zonas en que más tempranamente se desarrolla el esfuerzo crítico y la tarea crítica. Es bastante evidente que ya en el siglo XIX es importante. Pero también hay que ver qué pasa —yo diría en este caso más que en general— en distintas áreas de Hispanoamérica. Aquí sí se trata de un problema en el cual es bastante complicado organizar el pensamiento crítico en Hispanoamérica, y tendería a ver distintos núcleos de formulación. Probablemente para el caso del costumbrismo, Colombia y Venezuela sean los que realizan con más plenitud el movimiento. La presencia de Luis Manuel Urbaneja Achelpohl o de Tomás Carrasquilla marcan de tal manera la práctica del costumbrismo en América Latina que creo pueden tomarse como punto óptimo de expresión. Obligadamente hay que mostrar lo que pasa en el resto, porque la difusión del costumbrismo es inmensa. En Argentina hay todo un debate intelectual sobre el costumbrismo y lo que significa. Todo esto puede corregirse según conocimientos mejores.

Otra cosa que yo había propuesto es dedicar capítulos a las ciudades orientadoras. Para recoger el movimiento, el proceso creativo, los cenáculos, los grupos, en ciertos momentos óptimos: parece imposible pensar en la renovación del siglo XX sin pensar en São Paulo y la Semana de Arte Moderno. Es un foco capital. Para nosotros Buenos Aires tiene esa función en todo el sur del continente. Se da en la Revolución Mexicana y el México moderno también, en México de la Nueva España no puede dejar de pensarse, o en la Lima colonial. Son momentos realmente óptimo para ver el funcionamiento de la literatura. Ir alternando o colocando estratégicamente algunos capítulos sobre las ciudades en determinados periodos históricos me parece que va a dar mejor la afluencia creativa y los problemas que enfrenta en determinada instancia la literatura.

Luego hay un problema nominalista que todos conocemos y que hace dificultoso el trabajo. El mayor y más conocido es la palabra "modernismo". Es muy divertido lo que ha pasado porque son también fracasos nuestros, fracasos de la crítica. Yo creo que la fecha de la *Historia de la literatura* de Erico Veríssimo es póstuma, creo que es de 1916. Leyendo a Veríssimo me encuentro en el prólogo con una cosa muy bonita, cuando empieza a trabajar —está contestando a Silvio Romero— sobre el período del fin del siglo, que Silvio Romero marca desde su ini-

ciación con toda claridad. El acaba de descubrir el libro de un peruano, de Ventura García Calderón, que vivía en Europa, en París, y usa la palabra "modernismo", desde luego. Entonces Veríssimo propone que para el Brasil también se adopte la palabra "modernismo", cosa que fracasa notoriamente. Pero es muy curioso, porque ayuda al conocimiento —todo el conocimiento de Brasil se hace con Francia fundamentalmente—, al conocimiento de una irregularidad, porque fue una irregularidad llamar modernismo a todo este proceso dentro de América que, como sabemos se lo debemos a Rubén Darío. De cualquier manera en muchos instantes esta intercomunicación hubiera servido para diseñar sistemas similares, es decir, aproximaciones en los sistemas críticos. Otro fracaso que creo muy significativo es el de Pedro Henriquez Ureña, que propuso "hispanico", abarcando Portugal y España —es decir "Hispania", la "Hispania fecunda"— y llamar a todo "literaturas hispánicas". Es lo que él hace, y no fue para nada recogido en el Brasil, ni existe esa consideración para nosotros tampoco. Triunfó "iberoamericano", que es lo que usan los norteamericanos, o "latinoamericano".

Yo creo que la única solución para los problemas nominalistas es respetarlos. Cuando haya que hablar de la Semana de Arte Moderno se habla del Modernismo con toda claridad. Hay que respetar eso y hablarlo dentro de marcos que permitan perfectamente establecer esas relaciones y ver cuál es el problema.

Estas son algunas de las sugerencias de trabajo.